

EL TALEGO DE REBECA

MARGARITA MERGAL

Ponencia para el foro Antecedentes, vivencias e Implicaciones de la Masacre de Ponce, UPR, Ponce, 19 de marzo de 2002.

“Un olvido se me ha olvidado en el
bosquejo de mi mente.

—¿Olvido de qué?

—De todo lo pasado.”

Interrogaciones, Julia de Burgos¹

Cuenta García Márquez que Rebeca llegó a Macondo y que:

“Todo su equipaje estaba compuesto por el baulito de la ropa, un pequeño mecedor de madera con florecitas de colores pintadas a mano y un talego de lona que hacía un permanente ruido de *cloc cloc cloc*, donde llevaba los huesos de sus padres” y que... “Como en aquel tiempo no había cementerio en Macondo, pues hasta entonces no había muerto nadie, conservaron el talego con los huesos en espera de que hubiera un lugar digno para sepultarlos.”

Con Rebeca llegó la peste del insomnio, de una existencia vivida siempre en tiempo presente, sin sueños y acompañada del olvido. Los indios que todo lo saben sentenciaron que:

“...lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de

las cosas, y por último la identidad de las personas y aún la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado.”²

En esa maravillosa historia de nuestra América que es *Cien años de soledad*, García Márquez subraya así los comienzos, la necesidad de los pueblos de construir su historia para ser, en plenitud. Construir un lugar digno para enterrar los muertos y saber quiénes somos. Un cementerio distinto a las odiadas fosas comunes, anónimas, sin marca, que si es que las descubrimos, hablan de masacres abominables, uno que nos hable de heroínas y héroes, de padres, madres, abuelos, que nos signe una existencia digna. Pero nosotros parece que aún andamos como Rebeca con el talego a cuestas.

A

gradeciéndole infinitamente a mi amigo y colega el Dr. Luis Raúl Sánchez esta invitación que me obligó a pensar sobre temas que hacía algún tiempo que no abordaba, decidí aproximarme a este aniversario número 65 de la Masacre de Ponce con unos cuestionamientos que he trabajado desde otra perspectiva, la de los estudios del género pero que me parecen pertinentes. No obstante, les adelanto que mis indagaciones en estos tiempos posmodernos de requerimientos muy *light*, de posturas académicas antihistóricas pueden sonar muy impertinentes.

En primer lugar, me pregunto sobre la memoria y el olvido y su relación con el historiar, esa acción tan propia de lo humano. Carácter de la disciplina que el historiador José

Luis Romero ha destacado señalando que la historia es: “. . . un saber entrañable y dramático, del que podría decirse . . . que es, entre todos, el más útil para la vida. Siempre que se conciba la vida como un ejercicio de la conciencia vigilante.” Salvedad ésta de la conciencia vigilante que me parece imprescindible ante el tema que nos ocupa. En segundo lugar, quisiera desde allí cuestionar la relación entre la memoria y la identidad. ¿Somos lo que recordarnos, o es que la memoria sólo nos conduce a una identidad a medias pues también somos lo no recordado, lo reprimido? Si es así, por qué olvidamos aquello que nos marca con su signo? Y por último quisiera dejarles con unas interrogantes sobre la relación de estos temas con nuestra vida en común hoy día.

La memoria y el olvido en el historiar

Desde aquel sangriento Domingo de Ramos de 1937 han pasado 65 años, que a veces parecen años luz. En un mundo en que ya nos hemos acostumbrado a la velocidad cibernética calcada infinitamente en la música popular, la tele, el cine, tal parece que hemos perdido la capacidad de recordar y de reflexionar sobre lo recordado, actividades éstas que requieren tiempo, paciencia. Este movimiento frenético de nuestros tiempos hace a mis discípulos perder de vista que ellos son en un sentido muy profundo la historia de sus padres, abuelos y bisabuelos. Ya se creen tan adelantados en el tiempo y espacio que para ellos aquel mundo no tiene sentido, no existe. Sin embargo, en términos históricos dos, tres o cuatro generaciones son sólo una gota en el tiempo. Y así como nuestros abuelos y su historia nos signan, nos definen, historia sin la cual no tendríamos presente ni futuro, también la Masacre aquella de hace poco más de medio siglo forma parte de un reciente pasado que también nos marca, que

día a día revive en nuestro proceso político. ¿Por qué insistimos en dejarle olvidado en el bosquejo de nuestra mente? Oscar Wilde decía que la memoria es el diario que todos llevamos con nosotros. Si es así, ¿cómo hemos permitido que este diario nuestro se edite tan injustamente? ¿Quién es ese editor, a qué intereses responde? ¿A los nuestros?

Nos dice el diccionario que memoria significa una facultad del alma por la cual reproducimos mentalmente objetos ya conocidos, refiriéndolos al pasado de nuestra vida. Entonces vale decir que no tener memoria es ser en alguna medida un desalmado. Quizá podría decirse que el psicoanálisis descansa precisamente sobre este supuesto. No habrá cura, no habrá felicidad posible si no logramos que lo reprimido, olvidado, brote a la conciencia. Pero la defensa de la memoria como calidad de excelencia en la vida humana es más antigua. Platón en el Libro VI de **La república** señalaba la importancia epistemológica de la memoria, el olvido imposibilita el acceso al conocimiento. Su doctrina de la reminiscencia establece que todo conocimiento es como un recuerdo de lo presente en el alma. Este vínculo de la memoria y el conocimiento del cual el esclavo del **Menón** ofrece ejemplo, pasa por los Santos Agustín y Tomás y a través de la historia de la filosofía, si bien tomando formas diversas, llega hasta nuestros días. La memoria y su gran compañera, la imaginación son elementos indispensables para enriquecer la experiencia humana ofreciendo infinitas posibilidades de ser. Sin ellas viviríamos en presente constante, sin futuro ni pasado, sin poesía, sin historia, sin ciencia.

Freud buscó acoplar sus teorías sobre memoria, represión y olvido en la psique individual al análisis de lo social. Muchos pensadores posteriores han entrado por esa puerta abierta. Si bien es cierto que las personas olvidamos, también así

los pueblos. En nuestro caso Arcadio Díaz Quiñones habla de la historia puertorriqueña como el “retorno de lo reprimido”.³ Si lo reprimido se vincula al dolor, al trauma, a la angustia, a lo prohibido, es inevitable vincularle al poder. El pensador mexicano Adolfo Gilly destaca que la historia trata de relaciones sociales, entre ellas las relaciones de fuerza, por ello habla de dos formas que toma la historia: la historia como crítica o como discurso del poder.⁴ Tristemente en Puerto Rico, aunque hemos practicado ambas formas ha primado la segunda.⁵ Y es quizá ésta la forma que más ha marcado nuestra conciencia. Hemos aprendido una historia sin conflictos, sin drama, sin tragedia. Agueybaná fue un manso indio, los negros esclavos nunca se rebelaron, las mujeres mucho menos, le entregamos dócilmente la tierra al gringo como antes al español y seguimos en la mansedumbre negando la violencia, el conflicto, la autoafirmación. Destacamos nuestra hospitalidad para encubrir el racismo, el machismo y sexismo, la xenofobia. Así vemos cómo el problema de la memoria se convierte de una parte en asunto epistemológico, de la otra en asunto político.

En la música el silencio no es un vacío, es un elemento esencial. Hay quien ha definido la música como una forma de organizar el sonido y el silencio en el tiempo. El silencio es así un elemento positivo, se toma en cuenta, es una ausencia presente. En la persona lo silenciado se expresa en la enfermedad, en la conducta. En lo social también estamos aprendiendo a escuchar e interpretar la voz del silencio. Y es que entrar al pasado depende del presente. Ofrezco dos ejemplos. Hoy vamos descubriendo que esos esclavos no eran tan mansos, fueron rebeldes, lucharon por su libertad. Hoy las mujeres vamos entrando en la historia, vamos descubriendo que siempre hemos estado ahí aunque los historiadores nos han negado. ¿Por qué este nuevo conocimiento? Porque hemos golpeado la barrera del poder que impone el silencio. Los movimientos sociales

por los derechos humanos y el feminismo lo han hecho posible al exigirles a los poderosos compartir su poder.⁶

Jean Baudrillard en su inteso ensayo **La ilusión del fin, la huelga de los acontecimientos** suena una voz de alma contra las condiciones del mundo moderno que hoy nos alejan de esta tarea de construcción histórica. Señala que hoy día tenemos:

“. . . la impresión de que los acontecimientos, colectivos o individuales, son precipitados dentro de un agujero de memoria. . . no se puede representar el pasado, sólo puede ser reflejado si nos empuja en el otro sentido, el de un porvenir cualquiera. La retrospectiva es solidaria de una prospectiva que permite designar algo como superado, como trasnochado, y por lo tanto como habiendo tenido realmente lugar. Si debido a cualquier extraña revolución partimos en sentido contrario e involucionamos en esta dimensión del pasado, entonces ya no podemos representárnoslo. La radiación de la memoria se curva y convierte cada acontecimiento en un agujero negro. . . . Los agujeros de memoria son un poco como los de la capa de ozono, por donde nuestra pantalla protectora se disgrega.”⁷

Memoria e identidad

Los profesores a veces les tendemos trampas a nuestros estudiantes. A menudo yo comienzo mis cursos con un pequeño ejercicio: les pido a mis estudiantes que en el máximo de una cuartilla me contesten la pregunta ¿Quién soy yo? Discutimos sus contestaciones y luego guardo los papeles. A fin de curso repito el ejercicio. Si han aprendido algo sobre lo social, sobre el complejísimo proceso de construcción de un sujeto, sus contestaciones lo deben reflejar. Quizá los estudiantes entonces me tienden una



trampa a mi y contestan lo que ya saben que quiero, pero no dudo que algunos son menos cínicos y sí han reflexionado algo a través del curso. Ese mismo ejercicio es en gran medida el que hace todo científico social. Lo hace todo buen artista de la palabra, del movimiento, de la plástica. ¿Qué otra cosa hace el buen arte o la ciencia sino devolvernos, como el espejo, nuestra propia imagen? ¿O es que todo conocimiento no aporta en alguna medida y por muy universal que pueda ser, a ese yo –personal y colectivo- que somos cada uno de nosotros? Lo inverso también es cierto, he ahí parte de la complejidad de lo que discutimos. Lo representado, lo estudiado también nos refleja, nos signa.

Edward H. Carr en su libro **¿Qué es la historia?**, ya tan viejito, ¿verdad?, si lo publicó originalmente en el 1961, señala que:

“Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos sólo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo. Si no me equivoco, era un personaje de Pirandello quien decía que un hecho es como un saco: no se tiene de pie más que si metemos algo dentro.”⁸

No nos olvidemos que la historia es el producto de la labor de una persona, el historiador, sin él o ella tendríamos sin duda un pasado, como lo tienen las vacas, un ejemplo, pero como ellas, no lo conoceríamos. Vale tanto en el sentido académico, intelectual como en el cotidiano. Se refleja en el decir –“ese es como una vaca, si lo echas al pasto, como hierba”.

Fuera da la academia también hay historiadores. Las mujeres hemos sido historiadoras de la familia, custodias de las fotos y papeles que narran nuestras vidas. Fotos colocadas en marcos, sobre muebles, en habitaciones que nombran nuestra clase social; cartas, partes de prensa, pedacitos de telas, ropas, cintas, flores ya secas, huellas que han dejado los seres que nos habitan. Es por ellas que nos

reconocemos en ese bebé que en la vieja foto ella sostiene en sus brazos. Ellas nos ofrecen nuestra identidad.

Los pueblos sin historia son huérfanos. No conocen su pasado y por ello tampoco pueden avizorar su futuro. Rebaños mansos como las vacas que van a donde puedan pastar. Para superar esa inocencia o imbecilidad con la que todos nacemos nos hace falta conocer, saber quiénes somos, tener identidad. Néstor Braunstein en un constructivo ensayo sobre ese complejísimo proceso a través del cual llegamos a ser gente dice:

“el sujeto no llega a serlo por unas experiencias singulares ni por su desarrollo autónomo, ni por la maduración neurológica ni por el despliegue de una libertad esencial, sino que está constituido como tal a partir de requerimientos emitidos por la estructura social y ejecutados por las instituciones, por los aparatos ideológicos del estado, siendo los fundamentales en el modo capitalista de producción la familia, la educación la religión y los medios de difusión de masas.”⁹

He aquí el meollo del asunto. Bloque sobre bloque, arcilla sobre arcilla nos vamos formando dentro de las posibilidades que el momento histórico nos ofrece y nuestra particular sociedad y condición personal nos permite. No por alguna alquimia oculta ni por un acto mágico sino por fuerzas y procesos concretos, detectables que se pueden estudiar, analizar, conocer. Y también, lo cual es crucial, cambiar. Para ello la urgencia de desarrollar conciencias vigilantes. Esa acción de estar en vela, ese trabajo intelectual de crítica depende en gran medida de saber de dónde venimos, dónde estamos, para tratar de decidir hacia dónde queremos ir y cómo llegar. Si no sabemos o asumimos –como a menudo trágicamente sucede- que no importa, nuestro futuro lo escogerán otros conforme a sus intereses

e identidades. ¿De verdad es esa la vida que queremos y deseamos legarles a los futuros puertorriqueños? Si no, vale la necesidad de rescatar el pasado para poder construir el futuro. Hay que volver a los muertos, a las masacres, a los conflictos y no sólo a la paradisíaca y falsa marcha hacia el desarrollo que nos han querido atosigar en textos de historia, salones de clases, medios de difusión de masas.

Reflexionemos sobre la historia como despligue del poder. Enrique Florescano, plantea claramente de qué se trata:

“Si para los poderosos la reconstrucción del pasado ha sido un instrumento de dominación indispensable, para los oprimidos y perseguidos el pasado ha servido como memoria de su identidad y como fuerza emotiva que mantiene vivas sus aspiraciones de independencia y liberación”.¹⁰

La Masacre de Ponce fue un operativo desde el poder colonial; busquemos su explicación en la historia, la que le precedió, la que le siguió. Es parte de nuestra identidad.

En una enjundiosa publicación sobre la nueva historiografía, Peter Burke plantea que una tarea a la cual se han dado los nuevos historiadores es la de enfocar su atención de una parte en eventos y tendencias y de la otra en las estructuras de la vida cotidiana para tratar de comprender por que unos eventos penetran la cotidianidad de unos grupos y otros no.¹¹ Creo que los trabajos citados de Arcadio Díaz Quiñones van en esta dirección. Para los jóvenes que hoy, como buenos universitarios, comienzan a cuestionar su mundo y a cuestionarse a sí mismos, y los hay, muchos más de los que a veces nuestro cansancio intelectual nos permite ver, estos ensayos deben ser lectura obligada. ¿Por qué la violencia ha sido una gran ausente del discurso histórico en Puerto Rico? ¿Por qué la historia difundida en los años de la utopía industrial era tan raquítica y poderosa?¹² Necesitamos seguir reflexionando

sobre estos cuestionamientos, debatiéndolos extendiendo el caudal de conocimiento histórico sobre lo que fuimos y somos. Estudiemos la labor que hacen esos poderosos gigantes. Braunstein llama los aparatos ideológicos estado, instituciones dentro de las cuales nosotros mismos trabajamos, vivimos. Recién me contó un colega que les preguntó a varios estudiantes universitarios si conocían la fecha del 4 de marzo. Ni uno sólo sabía de qué se trataba; para algunos de los que cantan la trova de Topo, Antonia Martínez no está en ese diario su memoria. Pero el pasado 11 de marzo, cadetes del ROTC sí recordaban al cadete muerto en esa fecha. Pensemos lo que plantea L. Villoro: “Ninguna actividad intelectual logrado mejor que la historia dar conciencia de propia identidad a una comunidad. . . la historia es también una lucha contra el olvido, forma extrema de la muerte.”¹³ ¿Cargamos con nuestros olvidos?

La historia: arcilla democratizante

Para terminar quiero, como seña hacer unos apuntes sobre nuestra vida cotidiana y el carácter de la democracia y los derechos humanos en Puerto Rico. Si algo nos enseña la Masacre de Ponce es la urgencia de no dejar dormir nuestra conciencia vigilante. Escuchemos esa voz que nos habla con sangre desde un muro de esa ciudad sureña: “¡Viva la República! ¡Abajo los Asesinos!”¹⁴ Voz que marca la conciencia de todos los puertorriqueños: independentistas, estadolibristas, estadistas, y aún aquellos quienes desconocedores se cantan apolíticos. Hecho es de indispensable comprensión, si hemos de sembrar democracia real. Los eventos que nos marcan, que nos señalan, nos envuelven a todos. La Masacre no sólo nombra a los caídos y sobrevivientes nacionalistas. También marca a los policías, fiscales, abogados, jueces, periodistas, fotógrafos, los que ya murieron, los

que nacimos después, a todos. Promovemos acciones, tomamos posición conforme a nuestros intereses e ideologías, pero nuestros actos afectan a todos. Evidentemente, no de la misma forma, pero sí dejan su imborrable huella. A veces pareciera que la historia es un bizcocho: a los independentistas nos tocan unos pedazos, a los estadolibristas otros, a los estadistas otros; unos a las mujeres, otros a los negros, unos a ricos, otros a pobres. Pues no. Los aspavientos temerarios de una Miriam Ramírez en la Loma de los Vientos son tan parte de la historia de todos como la lucha por sacar la marina de Vieques. La lucha de Velda González en defensa de las mujeres desde la legislatura es tan mía como de mi marido. Tienen quizá diferentes sentidos, voces múltiples, pero son puertorriqueñas. Por ello, la necesidad de asumir la diferencia, de ser tolerantes, de aceptar, ¿más allá de la mera tolerancia?, la diversidad de posturas, estilos de vida, cotidianidades.

En un reciente libro sobre los derechos civiles en Puerto Rico aparece un breve resumen de una investigación hecha en el 1994 en esta Universidad. No la conozco en detalle, no puedo juzgarla en su fondo, pero basta leer el ensayo que lo resume para que a una se le pongan los pelos de punta. Cuenta Jorge Benítez Nazario del Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales en Río Piedras que la intolerancia cunde en nuestra patria, que fue y sigue siendo elemento central de nuestra cultura política. Y yo añado: esto después de más de un siglo de colonización que pretendía darnos, cito a Nelson Miles: “la mayor medida posible de libertad...procurarnos las instituciones liberales . . . y las bendiciones de la ilustrada civilización”.¹⁵ De Nelson Miles a Bush-Rambo, hoy tirando bombas en Afganistán y mirando a Irak con ojos golositos, no han cambiado mucho las cosas.

El citado estudio señala que dos décadas atrás la intolerancia en nuestra sociedad iba dirigida a los independentistas y comunistas. Hoy en nuestra era pos Maravilla y pos Carpetas, ya parecen no amenazar a nadie. Pero, ¿se ha reducido la intolerancia? No. Ha aumentado y

ahora se dirige principalmente contra los homosexuales y lesbianas. Una de las tablas del estudio recoge las actitudes de los encuestados sobre las actividades, todas legales y propias de una sociedad democrática, que debían o no permitirse a los grupos intolerados: derecho a organizarse, hacer discursos públicos, marchas, ser maestros, etc. Sostiene el autor que no se le puede acusar de histérico al que se preocupa por la suerte de los grupos intolerados, ya que: “Entre los derechos civiles (algunos constitucionales) y políticos presentados . . . sólo en un caso, más de la mitad de los entrevistados estuvo dispuesto a concederlo. Además, el por ciento que estuvo de acuerdo en violar los derechos del grupo intolerado y perseguirlo es realmente alarmante.”¹⁶ La tabla refleja que el 58.5% estuvo de acuerdo en concederles a los intolerados el derecho a organizarse, pero el 65.6% cree que se les debe vigilar de cerca, 33.7%, que se les debe intervenir su teléfono y el 46.7%, que se les debe levantar expediente. Cuando a los entrevistados se les preguntó a quiénes no querían como vecinos, la frecuencia con que contestaron que a homosexuales y lesbianas fue de 173, sólo de 25 en el caso de traficantes de droga. Una conclusión del autor es obvia: “Los niveles de intolerancia política que existen en nuestra sociedad constituyen, ciertamente, una amenaza para el desarrollo, por no decir la subsistencia de la democracia formal en que vivimos.” Otras no lo son tanto, pero creo que merecen mucha consideración:

“Estos resultados pudieran ser indicativos de un conflicto de identidad generalizado a través de los sectores de la sociedad puertorriqueña. . . . debemos continuar insistiendo en la necesidad de reformar nuestro sistema educativo y los criterios que rigen nuestros medios de comunicación de masa, para promover el civismo y cuestionar los modelos de exclusión social, de buenos y malos y diferentes, que siguen siendo la pauta en nuestro país.”¹⁷

Michel de Certeau, en **La práctica de la vida cotidiana**, dedica el final de la obra a hacer un análisis de la convicción y los mecanismos que la forman. A través de la lectura, tal parece a veces que, frente al poder no tenemos alternativa. Pero al final Certeau nos vira la tortilla y reta a confrontar esos poderes con sus propias fórmulas. Así como hemos sido manipulados por los instrumentos que “crean opinión”, le parece legítimo que utilicemos esas oportunidades para transformar las convicciones en duda, en sospecha y, ¿por qué no?, en denuncia.¹⁸ Los muertos y los vivos de la Masacre quizá siguen exigiendo esa denuncia de parte nuestra.

Caminante no hay camino, se hace camino al andar

Recordando los versos de Machado me pregunto: ¿Adónde llegamos por este camino que tomamos de la mano de Mnemosyne, la madre de las musas, este camino de la memoria de la Masacre de Ponce? Una implicación, a mi juicio clara, es la necesidad de hacer memoria amplia, profunda. Preguntarnos por ejemplo: ¿Hasta dónde impacta la Masacre la conciencia colectiva? ¿Qué factores se han combinado para promover el olvido que existe? ¿La represión por parte de unos, la dejadez por parte de otros, las modas académicas, miedos, necesidades? Pienso en los estudios del género a los cuales me he dedicado por décadas. Ha sido la militancia feminista la que ha impuesto la urgencia del saber quienes somos, por qué lo somos, cómo podemos cambiar. ¿Podría concebirse una militancia académica que nos llevase a insistir con las autoridades en la importancia de financiar, promover, respetar la investigación sobre lo puertorriqueño? Quizá esto nos permita enterrar los huesos del talego de Rebeca para que en vez de cloc cloc cloc descansen en un cementerio digno y desde allí les podamos interrogar cuantas veces querramos y ellos nos puedan

hablar. Sin duda se promoverán debates, bu forma de auyentar fantasmas y barrer telarañas del olvido.

Cabría preguntarnos quiénes somos puertorriqueños de hoy. Cada día integramos más y más a la metrópoli por emigración, la estructura económica, los mec de difusión de masas e inclusive fundamentalismos religiosos. Pero, en al rincón del alma, algunos sabemos que ni sor gringos ni ellos jamás nos dejarán serlo. ¿ entonces la investigación, el debate y análi reconocer nuestra heterogeneidad como tamb los vínculos que nos dan coherencia co pueblo.

Hoy día Bush defiende la amen nuclear frente a los países del ‘eje mal’, pese a lo que podría deducirse sólo se ven, escuchan y leen los med nacionales o de los EEUU, hay quienes critican. Destacan el peligro enorme de supor que se es Dios, que se puede juzgar sin peligr equivocarse moralmente, que frente al resto mundo, frente al que difiere, al que es diferer cualquier cosa se justifica, se posibilita. cuando en el tablero se ponen las arm nucleares vale asustarnos, urge protestar. Hans-Georg Gadamer, el gran filósofo a lema quien acaba de fallecer hace unos días, f testigo de todo el siglo pasado (nació en 1900) y fue fundador de la nueva escue hermenéutica, poco antes de morir dijo a periodista: “La única frase que quiero defenc sin restricción alguna es que los seres human no pueden vivir sin esperanza”.²⁰ Esperan que descansa para él en el arte de comprender opinión del otro, base de su filoso hermenéutica.

Si de algo vale esta difícil tarea de s universitario, quizá, más que nada sea pa desarrollar ese arte de comprender al otro y pa ello es indispensable comprendernos a nosotr mismos. Quizá hoy hemos dado otro paso esa dirección.

Muchas gracia



NOTAS

- ¹Julia de Burgos. **Antología Poética**, San Juan: Editorial Coquí, 1975, p. 35.
- ²Gabriel García Márquez. **Cien años de soledad** Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970, pp. 42 y 44.
- ³Arcadio Díaz Quiñones. **El arte de bregar**, San Juan: Ediciones Callejón, 2000, p. 91.
- ⁴Adolfo Gilly. "La historia como crítica o como discurso del poder" en: Carlos Pereyra, otros, **Historia ¿para qué?**, México: Siglo XXI, 1980, pp.195-225.
- ⁵Para un buen análisis de este asunto ver: Arcadio Díaz Quiñones. **La memoria rota**, San Juan: Ediciones Huracán, 1993; especialmente el primer ensayo, "La vida inclemente".
- ⁶Para un buen análisis de este proceso ver: Gerda Lerner. **History Matters**, New York: Oxford University Press, 1997.
- ⁷Jean Baudrillard. **La ilusión del fin, la huelga de los acontecimientos**, Barcelona: Editorial Anagrama, 1992, pp. 36-37.
- ⁸Edward H. Carr. **¿Qué es la historia?**, Barcelona: Editorial Ariel, 1984, p. 15.
- ⁹Néstor Braunstein. "Sujeto de la conciencia, sujeto del discurso, sujeto", en: **Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis**, México: Siglo XXI, 1980, p. 74.
- ¹⁰Enrique Florescano. "De la memoria del poder a la historia como explicación", en: **Historia ¿para qué?**, op. cit., p. 95.
- ¹¹Peter Burke, ed. **New Perspectives on Historical Writing**, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 1991, p. 12.
- ¹²Arcadio Díaz Quiñones. **La memoria rota**, op. cit, pp. 23, 27.
- ¹³Luis Villoro. "El sentido de la historia", en: **Historia ¿para qué?**, op. cit., pp. 44, 50.
- ¹⁴Manuel E. Moraza Ortíz. **La Masacre de Ponce**, San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas, Editores, 2001, p. 57.
Falange Boricua de Puerto Rico. **La Masacre de Ponce**, <http://www.galeon.com/falangeboricua/masacre.htm>
- ¹⁵"Proclama del General en Jefe norteamericano a los habitantes de Puerto Rico" en: Rubén Dávila Santiago, ed. **Antología de Ciencias Sociales, Variante II**, Río Piedras: Imprenta UPR, 1985, p. 173.
- ¹⁶Jorge Benítez Nazario. "La intolerancia y la cultura política puertorriqueña", en: Ramón Bosque Pérez y José Javier Colón Morera, eds. **Las carpetas, persecución política y derechos civiles en Puerto Rico**, Río Piedras, P.R.: Centro para la Investigación y Promoción de los Derechos Civiles, Inc., 1997, p. 122.
- ¹⁷*Ibid.*, p. 125 - 127.
- ¹⁸Michel de Certeau. **The Practice of Everyday Life**, Berkeley: University of California Press, 1984, p. 189.
- ¹⁹John Carlin. "El fin de una era" en *El País*, España, 15 de marzo de 2002.
Enric González. "Bush defiende la amenaza nuclear frente a los países del 'eje del mal'", *El País*, España, 15 de marzo de 2002.
- ²⁰Ciro Krauthausen. "Muere Hans-Georg Gadamer, el filósofo que enseñó el arte de comprender al otro", *El País*, España, 15 de marzo de 2002.